

D. ANTONIO GARRIDO MORAGA EN LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

MANUEL GAHETE JURADO
ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando Antonio Garrido escribe, en su inspiración fluyen e influyen de igual modo las enseñanzas del culturalismo y las pasiones ancestrales: el amor, el dolor y la muerte. Ambos vértices y vértigos configuran la naturaleza humana. Dioses y hombres se revelan confundidos por un extraño signo fático que los mueve y conmueve, invocando una cosmología cíclica donde se alternan el hallazgo y la búsqueda, la armonía y los contrastes, el caos y el equilibrio.

Antonio Garrido Moraga deja la cátedra de Lengua y Literatura en el instituto para dedicarse a la enseñanza universitaria en la Universidad de Sevilla. Como profesor titular pasa a la Universidad de Málaga, de la que llegará a ser vicedecano de Investigación y secretario, dirigiendo cursos de su especialidad en las Universidades de España, Francia, Alemania y Estados Unidos. Garrido Moraga es un hombre ocasionalmente inquieto, preocupado por establecer las relaciones entre la teoría y la práctica de la crítica literaria; así como la conexión cada vez más vigente entre el periodismo y la crítica, líneas de estudio que van a ser decisivas en la orientación de sus publicaciones.

Su carácter expansivo, comunicador y de servicio favorece la vinculación de la labor profesional con la trayectoria política, desarrollando una función infatigable en el campo de la cultura; labor que será reconocida y potenciada cuando se le encomienda la dirección neoyorquina del Instituto "Cervantes".

Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, cotraductor del Diccionario de Lingüística de Pottier y redactor de la nueva edición del Diccionario Vox, en el año 2002 es nombrado miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, investidura que recibió en el Teachers College Columbia University. En su discurso, que fue contestado por el director de esta institución el doctor Odón Betanzo Palacios, el nuevo académico establece claves críticas sobre la poesía del sevillano Luis Cernuda, a quien considera el poeta más leído y de mayor influencia en la lírica posterior. Un año después, esta institución académica lo nombra miembro numerario y esta designación le otorga por inherencia la consideración de miembro correspondiente de la Real Academia Española.

La crítica poética será para Antonio Garrido una aspiración inefable. Su exégesis sobre el *Poema de Fernán González* es modélica y pilar de investigadores. La vicepresidencia ininterrumpida durante muchos años de la Asociación Andaluza de Críticos Literarios y la publicación de notables estudios antológicos, como *Antología de la poesía española contemporánea*, *El hilo de la fábula* o *De lo imposible a lo verdadero*, nos manifiestan un primordial interés por la poesía y, muy especialmente, por los autores

andaluces.

Antonio Garrido, sin estridencias, se decanta en sus convicciones ideológico-literarias por la "Poesía de la Diferencia", un movimiento peculiar que, con poderosas aspiraciones regeneradoras y éticas, –al menos esto es lo que declaran–, pretende refrenar el creciente influjo, incluso monopolista, de la "Poesía de la Experiencia", tendencia poética dominante que eclipsa fatal e inicuaamente cualquier otro intento de novedad u orientación creadoras. Difícil tarea que, por su complejidad y compromiso, merece todo el respeto de la crítica literaria aunque se haya disipado entre los papeles de la niebla.

Su pasión por la poesía lo lleva indefectiblemente a escribir poemas; y en este espinoso espacio del espíritu se debate intentando aprehender de su misterio todas las claves de la vida, las operantes y las virtuales, las evidentes y las imperceptibles. No atiende Antonio Garrido las voces de sirenas que presagian un edénico orden ajeno a la costumbre y al tesoro de las tradiciones. Él conoce muy bien la literatura y sus cánones para dejarse engañar por espejismos y fatuidades. Como advertía Valle Inclán, sólo las obras cargadas de tradición, lo están también de futuro. Y esto no implica que haya que recrear sin reserva los viejos moldes o beber insaciamente de los odres envejecidos, sólo hay que conocerlos para mensurarlos y saborear con fruición su sabrosa savia, la que aún destila al arcaico sol o las inmemoriales aguas de la vida. Probablemente sea en poesía, entre todas las artes, donde la forma tienda a actualizarse con mayor pujanza, porque la identificación entre significativo y significado es caprichosa y arbitraria por naturaleza la transitividad significativa. Por ello, todo intento funámbulo de andar sin pértiga sobre la cuerda floja será un suicidio poético.

Consciente del infausto don del lenguaje y sus escasos éxitos para comprender en su magnitud este territorio insondable, penetra escudado por saberes míticos, cábalas indescifrables y palabras perturbadoreas, ascendiendo o abismándose, hallándose o perdiéndose en la andadura de los días, en la memoria de los nombres: Homero, Tasso, Dante, Shakespeare, Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, Luis de Góngora, Milton, Alexandre, Salinas, Pablo García Baena, tocándonos el corazón con sus metáforas sensibles y la inteligencia con sus indefectibles interrogantes: "Tu nombre como el mío he inventado / buscándote; en ti hallé respuesta".

Las asociaciones, a veces inconscientes, nos muestran ese cúmulo de instantáneas fértiles que bullen entre la sombra y la lumbre, entre la emotividad y el raciocinio; signos visibles de esa materia intuitiva y nomológica que punge irracional, pulsada entre las texturas estructurales y las imágenes acústicas, porque no ha de perderse de vista que este juego, nunca vano, de la forma poética prefigura el estilo, acuña la obra, identifica al artista.

Vida culturalismo definen a Antonio Garrido Moraga, en esa línea difuminada que lo coliga a los novísimos, abarcando en este espacio la distancia que separa a Antonio Carvajal de Jaime Siles, o a Guillermo Carnero de Luis Alberto de Cuenca. No es difícil hallar en este proceso de reconstrucción epistemológica –empapada siempre de un peculiar acento irónico, donde caben paritariamente biografía y literatura– los escolios de la música: Mozart, Bach, Glen Miller, The Platters; los naufragios de la mística: "No es necesario tenerte para amarte, / inmutable y sin causa te presento/ y mi alma se alegra sin motivo"; los acápites de viajes fabulosos: La Arcadia, El Cairo, Ismailia, La Habana, El Sahara; la influencia ultrafista de las mociones urbanas: Bette Davis, el Lagonda, La Coca Cola, El Corte Inglés; y sin cesar la estela barroca con sus fatales equilibrios, para secundar esa certera afirmación de Ginferrer que señala proféticamente: "De espaldas a Góngora se puede escribir buena poesía, sí, pero olvidar o rechazar el

proyecto de Góngora es descartar para la poesía el proyecto de más alta ambición posible, y, precisamente porque no cabe esperar que logremos esta más alta ambición íntegramente, aspirar a ella es nuestro deber”. Antonio Garrido Moraga lo sabe y, en esa aspiración sublime, se empeña cada día con “alas renovadas/ y por caminos nuevos (...)/ hacia la luz que nos cubre.